

# Boletín Bibliográfico Electrónico

del Programa Buenos Aires de Historia Política

ISSN 1851-7099

Año 1. Número 4, septiembre 2009



**PROGRAMA  
BUENOS AIRES  
DE HISTORIA POLÍTICA  
DEL SIGLO XX**

**Boletín Bibliográfico Electrónico**

*<http://historiapolitica.com/boletin/>  
boletin@historiapolitica.com*

publicación semestral del **Programa Buenos Aires**

ISSN 1851-7099

Domicilio del *Boletín*:  
Facultad de Humanidades - UNMdP  
Funes 3350  
7600 Mar del Plata, Pcia. Buenos Aires  
Argentina.

Staff

**Directora**

Marcela Ferrari

**Secretaria**

Mariana Pozzoni

**Equipo Editorial**

Sabrina Ajmechet  
Ana Virginia Persello  
Ana Leonor Romero  
Nicolás Silliti  
María Inés Tato.

**Edición digital**

Nicolás Quiroga

## INDICE

## Dossier

A treinta y cuatro años de *El radicalismo argentino*. Un Dossier sobre un clásico de la historia política.

Edición y presentación: María José Valdez (UBA - UNSAM). **Página 7**

El radicalismo argentino en la mirada de un historiador inglés. Entrevista a David Rock, por María José Valdez (UBA - UNSAM). **Página 9**

Claves de lectura de la experiencia radical en *El radicalismo argentino, 1890-1930*, por Ana Virginia Persello (CI-UNR, UNR). **Página 12**

El radicalismo argentino y la interrogación sobre los partidos políticos, por Gardenia Vidal (CIFYH, UNC). **Página 14**

La cuestión regional en *El radicalismo argentino* (tres décadas después), por Leandro Ary Lichtmajer (UNT). **Página 17**

## Reseñas

Alonso Guillermo, *Capacidades estatales, instituciones y política social*. Buenos Aires, Prometeo, 2008, por Facundo Calegari (UBA- FLACSO, C y D). **Página 20**

Arteaga, Juan José, *Breve Historia Contemporánea de Uruguay*. Montevideo, Fondo de Cultura Económica, 2008, por Silvana Harriett (UDELAR). **Página 21**

Belini, Claudio y Rougier, Marcelo, *El Estado empresario en la industria Argentina. Conformación y crisis*. Buenos Aires, Manantial, 2008, por Silvia Marchese (UNR). **Página 22**

Blanco, Jessica E., *Modernidad conservadora y cultura política: la Acción Católica Argentina (1931-1941)*. UNC, Córdoba, 2008, por Ana Clarisa Agüero (UNC). **Página 23**

Borrelli, Marcelo, *"El diario de Massera". Historia y política editorial de Convicción: la prensa del "Proceso"*. Buenos Aires, Koyatun, 2008, por Gabriela Altasis (UBA). **Página 24**

Bravo, María Celia, *Campesinos, azúcar y política: cañeros, acción corporativa y vida política en Tucumán (1895-1930)*. Prohistoria Ediciones, Rosario, 2008, por Lucía Santos Lepera (ISES, CONICET). **Página 25**

Brennan, James y Gordillo, Mónica, *Córdoba Rebelde. El cordobazo, el clasismo y la movilización social*. Buenos Aires, La Campana, 2008, por Agustín Nieto (CONICET - UNMdP). **Página 26**

Canelo, Paula, *El proceso en su laberinto. La interna militar de Videla a Bignone*. Buenos Aires, Prometeo, 2009, por Mariano Fabris (CONICET - UNMdP). **Página 27**

Correa, Rubén E. y Pérez, Marta E., *Intelectuales, política y conflictividad social en Salta durante la década del veinte. Estudios desde la prensa escrita*. Salta, Milor, 2008, por Alicia Servetto (CEA - UNC). **Página 28**

Cheresky, Isidoro, *"Poder presidencial, opinión pública y exclusión social"*. Buenos Aires, Manantial, 2008, por Fernando Suárez (UNMdP). **Página 29**

Ghio, José María, *La iglesia católica en la política argentina*. Buenos Aires, Prometeo, 2008, por Lorena Jesús (UBA). **Página 30**

Howard, Michael, *La primera guerra mundial*. Buenos Aires, Crítica, 2008, por Juan Manuel Romero (UBA). **Página 31**

Jensen, Silvina, *La provincia flotante. El exilio en Cataluña (1976 - 2006)*. Barcelona, Casa América Catalunya, 2007, por Leticia Cerezo (UBA - FLACSO). **Página 32**

Longoni, Ana y Mestman, Mariano, *Del Di Tella al "Tucumán arde". Vanguardia artística y política en el 68 argen-*

- tino, Buenos Aires, Eudeba, 2008, por Cecilia Belej (UBA- UNSAM). **Página 33**
- Lukacs, John, *Junio de 1941. Hitler y Stalin*. México- Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2008, por Damián Santos (UBA). **Página 34**
- Luna, Félix, *Conversaciones con José Luis Romero*. Buenos Aires, Debolsillo, 2008, por Sabrina Ajmechet (CONICET - UNSAM). **Página 35**
- Morgan Edmund S., *Esclavitud y libertad en los Estados Unidos. De la colonia a la independencia*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2009, por María Inés Tato (CONICET - Instituto Ravignani, UBA). **Página 36**
- Murillo, María Victoria, *Sindicalismo, coaliciones partidarias y reformas de mercado en América Latina*. Siglo XXI, Buenos Aires, 2008, por Carla Sangrilli (UNMdP). **Página 37**
- Nora, Pierre, *Pierre Nora en Les lieux de mémoire*. Montevideo, Trilce, 2008, por Talía Pilcic (CONICET – UNMdP). **Página 38**
- Novaro, Marcos, *Argentina en el fin de siglo. Democracia, mercado y nación (1983-2001)*. Buenos Aires, Paidós, 2009, por Micaela Iturralde (UNMdP). **Página 39**
- Rafart, Gabriel, *Tiempo de violencia en la Patagonia. Bandidos, policías y jueces 1890-1940*. Buenos Aires, Prometeo, 2008, por Cecilia Azconegui (UN del COMAHUE). **Página 40**
- Romero, José Luis, *La ciudad occidental. Culturas urbanas en Europa y América*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2009, por Susana Delgado (UNMdP). **Página 41**
- Terán, Oscar, *Historia de las ideas en la Argentina. Diez lecciones iniciales, 1810-1980*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2008, por Roberto Tortorella (CONICET - UNMdP). **Página 42**
- Sassoon, Donald, *Mussolini y el ascenso del fascismo*. Buenos Aires, Crítica, 2008, por Emmanuel Nicolás Kahan (CONICET – CISH, UNLP). **Página 43**
- Sánchez, Norma Isabel, *La higiene y los higienistas en la Argentina (1880-1943)*. Buenos Aires, Prometeo, 2008, por Melisa Marrón Fernández (UN La Pampa – CONICET). **Página 44**
- Serrano, Sol, *¿Qué hacer con Dios en la República? Política y secularización en Chile (1845-1885)*. Santiago de Chile, Fondo de Cultura Económica, 2008, por Luis Alberto Romero (UBA – CONICET - UNSAM). **Página 45**

### Notas críticas

- Los aportes de la historia de las mujeres y los estudios de género a la historia política. A propósito de la publicación del libro *La Fundación Eva Perón y las mujeres: entre la provocación y la inclusión* de Barry, Carolina; Ramacciotti, Karina y Valobra, Adriana (comps.), Buenos Aires, Biblos, 2008, por Silvana Palermo (UNGS). **Página 47**
- Grimson Alejandro; Ferraudi Curto, María Cecilia y Segura, Ramiro (comps.), *La vida política de los barrios populares de Buenos Aires*. Buenos Aires, Prometeo, 2009, por Jorge Luis Ossona (CEHP, UNSAM). **Página 53**

### Estado de la cuestión

- “Cine e historia. Una relación muy productiva”, por Clara Kriger (UBA). **Página 56**

### Presentaciones de libros

- María Matilde Ollier, *De la revolución a la democracia. Cambios privados, públicos y políticos de la izquierda argentina*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2009, por Luis Alberto Romero (UBA – CONICET - UNSAM). **Página 60**

### Entrevistas

- “Cualquier disciplina social que no logre dar cuenta de sus propias condiciones de producción pierde su condición de saber científicamente construido”. Entrevista a Alejandro Cattaruzza, por Sabrina Ajmechet (CONICET - UNSAM),

Nicolás Sillitti (UBA - UNSAM) y María José Valdez (UBA - UNSAM). **Página 64**

## Tesis

Adriana Álvarez, *El desarrollo, la erradicación y la reemergencia del paludismo, y su vinculación con la consolidación de las Políticas Públicas de sanidad rural en la Argentina, entre finales del Siglo XIX y mediados del XX*. Tesis de doctorado. UNICEN- UNMdP. Tandil, 2006. Directora: Susana Belmartino. **Página 73**

Isabella Cosse, *Familia, pareja y sexualidad en Buenos Aires (1950–1975). Patronos, convenciones y modelos en una época de cambio cultural*. Tesis de doctorado. Universidad de San Andrés. Buenos Aires, 2008. Director: Eduardo J. Míguez. **Página 75**

Daniel Mazzei, *El Ejército argentino durante el predominio del arma de caballería (1962-1973)*. Tesis de Doctorado. UBA. Buenos Aires, 2008. Director: Pablo A. Pozzi. **Página 77**

Inés Rojkind. *El derecho a protestar. Diarios, movilizaciones y política en Buenos Aires del novecientos*. Tesis de Doctorado en Historia, El Colegio de México. México D. F., 2008. Directora: Clara E. Lida. **Página 80**

## Acerca de la Historia Política

Historiadores ante el análisis de la política de la segunda mitad del siglo XX, por María Estela Spinelli (IEHS, UNCPBA - UNMdP). **Página 83**

## NORMAS PARA EL ENVÍO DE MATERIALES

El *Boletín bibliográfico electrónico* del Programa Buenos Aires de Historia Política es una publicación de periodicidad semestral dedicada a la difusión de los avances de historia política referida –especial mas no exclusivamente- al período comprendido entre fines del siglo XIX y la actualidad.

El comité editorial espera y alienta la participación de investigadores en distintas instancias de formación, para que colaboren con él a través de contribuciones que integran distintas secciones del *Boletín*, sujetas a referato. Abre la posibilidad de enviar contribuciones para dos de ellas: reseñas y resúmenes de tesis de postgrado. Las reseñas son textos de hasta 700 palabras y los resúmenes de tesis, de hasta 1400.

Recibe, además, propuestas para participar con comentarios críticos, entrevistas o textos destinados a algunas de las otras secciones, las cuales quedarán a consideración del Comité Editorial.

Los documentos se enviarán por correo electrónico exclusivamente, en formato RTF o “.doc” (Word), a [boletin@historiapolitica.com](mailto:boletin@historiapolitica.com).

Las notas sólo se incluirán en los estados de la cuestión, las entrevistas y en artículos historiográficos. No se admiten en el resto de las secciones. Serán automáticas, con cifras árabes y siempre ubicadas a pie de página. Los apellidos incluidos en las notas usarán mayúsculas sólo en la primera letra. El título de la obra se incluirá en cursiva y el pie de imprenta se organizará de la siguiente manera: editorial, fecha y lugar de edición.

Deberá mencionarse la adscripción institucional y el e-mail de los autores, a continuación del nombre.

ENTRENANOS

“CUALQUIER DISCIPLINA SOCIAL QUE NO LOGRE DAR CUENTA DE SUS PROPIAS CONDICIONES DE PRODUCCIÓN PIERDE SU CONDICIÓN DE SABER CIENTÍFICAMENTE CONSTRUIDO”

### ENTREVISTA A ALEJANDRO CATTARUZZA

POR SABRINA AJMECHET (CONICET-UNSAM)  
NICOLÁS SILLITTI (UBA-UNSAM)  
MARÍA JOSÉ VALDEZ (UBA-UNSAM)

**Alejandro Cattaruzza** es profesor de Teoría e Historia de la Historiografía en la Universidad de Buenos Aires y en la Universidad de Rosario. Entre sus libros más importantes se cuentan *Políticas de la Historia* –escrito en colaboración con Alejandro Eujanian-, la dirección de uno de los tomos de la *Nueva Historia Argentina* editada por Sudamericana, un posfacio a *El Hombre que está solo y espera* y *Los usos del Pasado*, recientemente publicado.

Las disputas por el sentido de la Historia, los múltiples relatos sobre el pasado, contruidos no sólo en sede académica, sino en muchos otros espacios sociales y sus distintos modos de apropiación constituyen los temas principales de las reflexiones de Cattaruzza.

Hemos pensado esta entrevista con el objeto de recorrer la trayectoria de un pensamiento. Buscamos destacar las contingencias y las preocupaciones, muchas veces casuales y extra-académicas, que influyen en la elección de objetos y temas de investigación. Nuestra intención es atisbar las formas en que las ciencias sociales desbordan el carácter profesional, para transformarse en un modo de vida de docentes e investigadores

P.: Lo primero que queríamos preguntar es por qué se te ocurrió estudiar historia. Y, en ese sentido, ¿cuál fue tu formación, dónde lo hiciste y con quiénes?.

A.C.: Creo que desde tercer año del colegio, precisamente en 1973, lo tenía más o menos claro. Mi impresión es que se juntaron algunos

intereses previos, algunas lecturas anteriores, con una cuestión más coyuntural; coincidieron entonces el gusto por la historia y el comienzo de alguna forma de militancia política. En el colegio secundario formamos un grupo de estudio con algunos amigos y compañeros de militancia; recuerdo que me sorprendí mucho cuando caí en la cuenta de que José María Rosa (que era peronista y revisionista) y que Rodolfo Puiggrós (que no era revisionista pero sí peronista) ofrecían explicaciones históricas absolutamente diferentes para, por ejemplo, la Revolución de Mayo, y disentían también acerca de cuáles habían sido los efectos del monopolio. Lo que me sorprendía –una sorpresa que sólo podía ser adolescente- era que dos personas con una filiación política tan clara en el peronismo desde hacía ya muchos años pudieran sostener visiones tan

diferentes del pasado.

El grupo de estudio se disolvió pronto, desde ya. Comencé la carrera de Historia, en Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, apenas ocurrido el golpe militar de marzo de 1976 y me recibí en 1981. Hice toda mi carrera en tiempos de la dictadura y creo que la formación dejó mucho que desear en varios sentidos. Después de la apertura democrática de 1983-1984, muchos de los que habíamos estudiado en esos tiempos y que seguíamos vinculados a la historia, tuvimos que –prácticamente- reeducarnos. Reeducarnos tanto en lo que

hace a la biblioteca que habíamos manejado que, salvo excepciones, no estaba ni medianamente actualizada, y también en lo referido a procedimientos y prácticas que hacen al funcionamiento del mundo universitario. La idea de que existían algunos modos de evaluación de la actividad académica y de que ponerlos en práctica era importante; en la Facultad en la que yo estudié, casi no estaba en el horizonte.

P.: En este recorrido, ¿por qué elegiste Teoría de la Historia e Historiografía como campo de investigación? ¿Qué fue lo que te atrajo de esto? Es más, ¿existía alguna materia similar a ella?

A.C.: En estos temas, conviene distinguir entre el campo de investigación y la estructura más rígida de las materias y el plan de estudios, que no siempre coinciden. Acerca de la última pregunta, existía una materia que se llamaba Introducción a la Historia; allí se veían algunos temas historiográficos. También había otra, con la misma denominación que la actual, Teoría e Historia de la Historiografía, en los últimos años de la carrera; cuando yo la cursé, se veía poco más que el libro de Collingwood, *Idea de la historia*.

Por otro lado, en lo que hace a la elección, como en muchas de estas cuestiones hay en realidad una mezcla de opción –a veces por gusto, a veces por importancia que se atribuye al tema–, de azar y de oportunidad. Hacia 1984 estaba trabajando en un profesorado y me ofrecieron hacerme cargo de esa materia. Volví entonces a la Facultad a recursar como oyente Teoría e Historia de la Historiografía, que en ese entonces, ya luego de la dictadura, había quedado a cargo de Ángel Castellan. Mi intención era acceder a bibliografía nueva, discutir algunos temas específicos, conseguir una formación más sólida en el área, con vistas a aquel cargo en el profesorado. A partir de allí trabé

una relación con Castellan; además, yo tenía una relación previa con Leticia Prislei que también trabajaba allí y al año siguiente, en 1985, ingresé a la cátedra como ayudante. Los temas de historiografía siempre me habían interesado y me parecían relevantes, pero también otros, que en la estructura de las asignaturas estarían en Argentina III, o incluso Contemporánea.

P.: ¿Tiene la historiografía argentina alguna particularidad como objeto de estudio? Es decir, ¿sería lo mismo dictar dicha materia o trabajar en ese campo acá que en otros países?.

A.C.: Eso depende de cómo se conciba la agenda de problemas del área de estudios. Si se entiende que ella se refiere a unos intelectuales que por razones aleatorias, o por su capacidad individual, proponen ciertos modos de hacer historia y ciertas visiones del pasado, la historia de la historiografía se reduce a una historia de sujetos aislados, más o menos talentosos. Desde una perspectiva de este tipo, creo que es prácticamente lo mismo que el objeto de estudio sea la historiografía argentina, italiana o inglesa, salvo por el hecho de que allí existen más recursos y, quizás, más historiadores que valga la pena atender, pero el interés estará reducido, en todos los casos, a historiadores en solitario o cuando mucho, a grupos que se imaginan sólo reunidos por afinidad intelectual.

En cambio, si el problema que se entiende importante es el que atañe al funcionamiento de ciertos espacios sociales, en este caso dedicados a la enseñanza y la investigación en historia, a los vínculos que esos espacios sostienen con el mundo cultural y político en sentido amplio, a las imágenes del pasado que se construyen por fuera de la historia profesional, a las disputas políticas y sociales por controlar o difundir esas imágenes, no da lo mismo un ámbito nacional que otro porque esas articulaciones y vínculos,

puede presumirse, son peculiares en cada caso. Si el programa de investigación indica que de lo que se trata es de indagar las imágenes del pasado que se construyen y circulan en una sociedad, sea en los ámbitos académicos o fuera de ellos, la investigación difícilmente escape al horizonte nacional, incluso local, aunque en la producción erudita, a cierta altura de la profesionalización, las corrientes y los movimientos internacionales pesan también.

Puede tomarse como ejemplo el área que hoy suele llamarse historia y memoria, aunque sería preferible hablar de los estudios históricos sobre la memoria. Ese es uno de los campos más visitados y transitados en el escenario internacional desde hace un tiempo –bastante más del que se supone, por otro lado–, que está, digamos, de moda. Esa última circunstancia no siempre es benéfica, porque se corre el riesgo de que parte de la producción sea efímera y fruto de un trabajo algo apresurado. Paolo Rossi fue preciso cuando sostuvo, casi textualmente, que él frecuentaba el continente ‘memoria’ cuando era un continente solitario, en los años 50, y que en los años 90 lo encontraba, para su disgusto, lleno de turistas fugaces y gritones. La expansión de esta zona de estudios comienza en Europa aproximadamente en la segunda mitad de la década de los 70 y a comienzos de la siguiente el fenómeno se acelera. Ahora bien: en la Argentina, en tiempos de la dictadura, los profesores y los investigadores –en su enorme mayoría– ni siquiera consideraban que los fenómenos de memoria pudieran constituir un objeto de estudio para la historia. La apertura a perspectivas, métodos y asuntos cercanos se produjo en 1984, con la democracia, aunque sin un retraso excesivo respecto de la producción internacional. Aquí, sin embargo, esa preocupación tomó más bien la forma de la historia oral; aunque haya puntos en común, ese no es exactamente el mismo intento, por

ejemplo, que el que anima el estudio de los lugares de memoria en el siglo XIX, que entre otros asuntos asumió Pierre Nora. En el caso en cuestión, en la Argentina, es así muy difícil distinguir qué elementos estuvieron relacionados con la situación de la historiografía internacional y cuáles se vincularon, en cambio, con la situación política local. Luego, podría abrirse la pregunta acerca de cómo se relaciona el debate político-cultural, el contexto académico y el proceso más propiamente político con los ritmos de la producción sobre la memoria y la historia oral, e inclusive sobre la historia reciente.

P.: ¿Y cómo está el campo de la historiografía hoy en la Argentina? Si tuvieses que hacer un balance de los últimos 25 años sobre el desarrollo de la historiografía local, ¿qué dirías?

A.C.: En principio, hay un dato clave, que los muy escasos y -con algunas excepciones- poco sugestivos estudios sobre la historiografía argentina reciente no tienen en cuenta y que hay que considerar: la condición de posibilidad de los procesos que caracterizan los últimos 25 años de historiografía argentina es el funcionamiento democrático en un sentido muy lato y poco sofisticado del término. No es del caso discutir si es precisa esa denominación para la realidad política e institucional argentina; en cualquier caso, se prefiera la denominación que se prefiera, esa realidad política cumple aquel papel. El examen de la historiografía argentina, cualquiera sea el diagnóstico que se haga de ella, no puede dejar de tener en cuenta que la democracia es una de las notas centrales del contexto. Puede tomarse otro ejemplo: se admite, en general, que la historiografía en la Argentina durante la década de 1970 debe analizarse considerando la cuestión del compromiso político del intelectual y la importancia de la radicalización política, aquí y en el mundo; esto significa que se

admite que el contexto político y cultural debe estar incluido en un estudio de la historiografía. No veo por qué razón esa misma premisa habría de suspenderse cuando se examina la historiografía en los tiempos de la democracia. Por el contrario: la democracia no es un dato dado, natural, y las relaciones de las instituciones académicas y universitarias con su "exterior", donde también se libran procesos de disputa por las interpretaciones del pasado, es delicada y compleja en un contexto de este tipo. Ese es un problema a examinar y hay que hacerse cargo de él, porque cualquier disciplina social que no logre dar cuenta de sus propias condiciones de producción pierde su condición de saber científicamente construido.

Junto a ese punto de partida, una cuestión importante en los últimos 25 años es el desarrollo de un proceso de profesionalización (o de reprofesionalización, como plantea Nora Pagano), que entre otras cosas supuso la puesta en práctica de una serie de mecanismos que terminaron estableciendo muchas más mediaciones entre el contexto político inmediato y el mundo académico que las que habían existido en las décadas anteriores. Lo que ocurrió con el reclutamiento del personal universitario lo revela con claridad. Entre 1943 y 1946, aproximadamente, se produjo el desplazamiento de muchos profesores universitarios por motivos políticos. Luego del golpe de Estado de 1955, los peronistas activos no ingresaban al cuerpo de profesores de la universidad. En 1966 se fueron otros profesores en la "Noche de los bastones largos". En 1973, las puertas se abrieron para el peronismo, en particular para el peronismo de izquierda. En 1976, es sabido, el mecanismo se repitió y esta vez hubo vidas en juego. Eso, en 1984, dejó de funcionar así, porque se empezó a establecer paulatinamente una distancia mucho más sólida entre la situación

política coyuntural –subrayo lo de coyuntural-, inmediata, y las pautas de conformación de los elencos del sistema de investigación y universitarios.

Por eso señalaba que el funcionamiento de este tipo de conjuntos institucionales en tiempos democráticos es un problema complejo que debe ser estudiado con atención. En aquel fenómeno estuvo involucrada no sólo la política universitaria, en términos amplios, del gobierno de Alfonsín, sino que la consolidación de las nuevas mediaciones resultó de la puesta en marcha paulatina de mecanismos de evaluación académica: concursos, arbitrajes en el caso de las publicaciones, evaluaciones cruzadas, por ejemplo. Se suponía que esas evaluaciones ponían en su centro consideraciones académicas y profesionales. No importa ahora si esos mecanismos no son del todo transparentes, como puede sospecharse sin demasiadas dudas; eso forma parte de otra discusión. Lo crucial es que luego de 1984 nadie exigía determinada filiación política para ingresar a la Facultad de Filosofía y Letras; eso se ve incluso en la composición de los nuevos grupos de profesores y ayudantes. Claro que la asunción de ciertas posiciones políticas podía colaborar en el posicionamiento universitario; de todos modos, no conozco estudios en regla sobre la situación a escala nacional.

Desde otro punto de vista, tanto en lo que hace a los concursos como a los ingresos a instituciones como el CONICET, es destacable que ningún sector historiográfico significativo -ni los más conservadores ni los que se pretenden críticos más radicalizados- impugnaron el sistema de concursos en tanto mecanismo general. Se han discutido reglamentos y recusado determinados resultados, a veces con mucho fervor, pero siempre argumentando, justamente, que en ese caso específico no se habían

cumplido las reglas que debían cumplirse. Puede ser que esto hoy en día esté cambiando –habría que pensar qué efectos tendrá la implantación de carreras docentes, combinadas con los concursos-, pero hasta hace poco funcionó de este modo. Esto señala que se admitía que el sistema de concursos constituía un mecanismo apreciable y que debía tratarse de que funcionara lo mejor posible. Insisto: no se trataba de que no se cuestionara un resultado, sino de que cada cuestionamiento se hacía sin objetar el mecanismo general; por el contrario, se criticaba que en tal o cual caso no se hubieran cumplido los criterios establecidos.

El otro punto importante es que, al mismo tiempo que se daba esa reprofesionalización, el debate público sobre la historia nacional se aquietaba, al menos respecto del librado en los años 60 y 70. Algunos colegas señalan que los 70 no tienen por qué ser tomados como la pauta de comparación, y que por el contrario son antes la excepción que la regla en lo referido a las polémicas públicas sobre la historia; puede que sea así. Pero por otro lado, sin embargo, la intensidad del debate sobre el pasado en los 60 y los tempranos 70, entre 1955 y 1976 aproximadamente, tiene pruebas suficientes. Agrupaciones políticas volaban bustos de algunos próceres; los actos de homenaje en los aniversarios de la Vuelta de Obligado se transformaban en actos políticos peronistas. Incluso los resultados de prácticas mucho más eruditas que las anteriores llevan huellas de esa intensidad; así, en un tomo como *Modos de producción en América Latina* (el cuaderno 40 de *Pasado y Presente*, de comienzos de los años 70) Ernesto Laclau, Juan Carlos Garavaglia, André Gunder Frank y otros historiadores y científicos sociales asociaban –a veces explícitamente– el debate sobre las formaciones económico-sociales y los modos de

producción, un debate sin dudas historiográfico, con la estrategia que debía seguir la izquierda política. Estas estrategias estaban sujetas a la apropiación del diagnóstico que planteaba la existencia de un capitalismo latinoamericano desde la conquista, o del que indicaba que el capitalismo no se había alcanzado todavía; o de la decisión acerca de la existencia o no de burguesías nacionales, fundada también en estudios históricos. En la Argentina de los años de la democracia, el debate público sobre el pasado nacional fue más sosegado, librado con menos estridencia, aunque sin duda hubo momentos de suba. Esto vale sobre todo en lo que se refiere al siglo XIX; un examen acerca de las imágenes de la dictadura o de la violencia política podría dar otro resultado, pero en todo caso, en comparación con aquellos otros tiempos, las discusiones se habían apaciguado. Esto se relaciona también con el hecho que uno de los actores principales del debate intenso, el revisionismo, que había logrado grandes éxitos de público entre 1955 y 1976, estaba en baja. Y eso por varias razones: habían muerto varios de sus representantes más connotados; con la excepción de grupos cercanos a la izquierda nacional, se encontraba en un proceso de cooptación por el Estado durante el gobierno de Menem – hoy en día es un instituto nacional-; en fin: en un mundo cultural que discutía de manera acotada sobre el pasado, el revisionismo parecía haberse aquietado también.

Hay otro punto crucial para la situación de la historiografía en términos relativamente estrechos, es decir, de la historiografía con sede en la universidad o en el sistema de investigación, no de la del debate más amplio: lo que podríamos llamar el crecimiento demográfico. Hay que considerar el egreso anual de estudiantes de entre 15 y 20 carreras universitarias de Historia en todo el país desde hace 25 años, en

un contexto de profesionalización que suele acarrear una fuerte especialización, al menos durante un período. Halperin Donghi ha señalado alguna vez que cuando dirigió la *Historia Argentina* de Paidós, alrededor de 1970, no podía contar con el número de especialistas para convocar del que dispusimos algunos de nosotros cuando dirigimos los tomos de la *Nueva Historia Argentina* de Sudamericana, cuyo director general fue Juan Suriano. Está claro que ambos proyectos editoriales son diferentes entre sí, pero la alusión de Halperin es justa en este punto: ha crecido de manera importante la cantidad de recursos humanos calificados para encarar una tarea de este tipo. El caso de la multiplicación de las revistas de historia se asocia a esa misma expansión. Este fenómeno no asume la forma de un crecimiento espectacular del número de estudiantes que ingresan a las carreras –aunque habría que explorar más esta cuestión-, sino la de un crecimiento vegetativo sostenido, producto del funcionamiento institucional que continúa por 25 años; eso hace que también la formación de recursos humanos sea sostenida. El mantenimiento del sistema de becas –incluso en tiempo de crisis- y de los programas de posgrado, por ejemplo, también está involucrado en el proceso; son instancias que antes prácticamente no habían funcionado y que contribuyen a aquel aumento. A eso se suma la siempre complicada consolidación en el aparato de investigación del lugar de las ciencias sociales. Luis Alberto Romero planteó en una oportunidad que en la década de 1960 el único becario en Ciencias Sociales era Laclau. Hoy en día, si se observa la página de estadísticas de CONICET, aunque no hay cifras muy desagregadas, se observa perfectamente cómo cambió esa situación. De otros aspectos de este proceso sin embargo se sabe muy

poco: no hay información amplia y actualizada acerca de dónde están encontrando trabajo los recursos humanos que formamos, cuántos van a dar clase a la escuela secundaria, cuántos a los terciarios y cuántos encuentran lugar en la universidad, si a la historia le va bien o no en el porcentaje de ingreso a CONICET o a la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica. El crecimiento del que hablo no sólo multiplica la producción, sino que tiene efectos políticos, porque cambia el tipo de relaciones dentro de las instituciones y el de ellas con el contexto social.

P.: Vos contaste que ingresaste a *Historiografía* en 1985. Sabiendo esto, primero ¿cómo es que llegaste a la historia cultural, que encontraste allí? La otra parte de la pregunta es la siguiente. La mayoría de tus trabajos recorren las décadas de 1920 y 1930: ¿por qué elegiste el período? Imagino que tiene que ver también con mucho de gusto personal, pero quiero saber si también se relacionan con preguntas historiográficas, y cuáles eran tus interlocutores en las discusiones.

A.C.: Hacia 1985, la historia de la historiografía en la Argentina era exactamente lo que decíamos antes: una historia de la historiografía en sentido estrecho. Las únicas fuentes que se suponían pertinentes para investigar en estas cuestiones, o para proponerle a los estudiantes, eran los libros de los historiadores más o menos reconocidos y consagrados; no estaba previsto que las estadísticas de ingreso a una carrera o las decisiones del poder político en torno al pasado que debía celebrarse en la escuela formaran parte de los materiales propios del objeto de estudio. La apertura en este campo fue en parte análoga a la que tuvo lugar en la historia cultural: del estudio de la “alta cultura” al de procesos más vastos, que incluyen a grupos más amplios y reclaman un análisis de la sociedad y el Estado.

Por otro lado, la historia cultural –y las especialidades cercanas: la historia intelectual, la historia de las ideas, entre otras- me parecía importante en función de ciertas convicciones acerca del papel de las ideas y de los intelectuales en la disputa política. Puesto de otro modo: los aspectos culturales de la política, tanto aquellos vinculados al sistema de ideas formales como los que se insinuaban por detrás de ciertas prácticas, son decisivos para la propia lucha política. Y allí, los intelectuales tienen un peso importante. En la segunda mitad de los 80 empecé un posgrado en el Instituto Di Tella; era de los muy escasos posgrados que había en la Argentina referidos a esos temas. En ese marco, Natalio Botana terminó siendo mi director de tesis y luego de beca de la UBA. El proyecto de investigación que finalmente propuse estaba centrado en el análisis de una fuente precisa, la revista *Hechos e Ideas*, como modo de entrar a ciertos problemas amplios de las ideas políticas en la Argentina. La revista había tenido una etapa radical en los años 30 y en 1947 pasaba al peronismo; desconté –fundado en los prejuicios y las imágenes adquiridas- que si pasaba del radicalismo al peronismo tenía que haber sido yrigoyenista. Antes del comienzo de la investigación formal, en una primera aproximación a la fuente, me encontré con artículos de Alvear, homenajes a Alvear, discursos de Alvear reproducidos; eso no se alineaba con aquella imagen heredada. No sólo eran alvearistas, o al menos apoyaban abiertamente a Alvear, sino que estaban más “a la izquierda” de lo que se suponía debían estar: tenían contactos con un grupo de izquierda italiano como Justicia y Libertad, un grupo del socialismo liberal que realizó operaciones contra Mussolini y envió fuerzas a la Guerra Civil Española; estaban relacionados con los partidos no marxistas del Frente Popular español; sostenían vínculos

con los cardenistas mexicanos. Desde el canon interpretativo que yo había heredado, la revista parecía una rareza: unos intelectuales radicales alvearistas no tenían por qué irse al peronismo, ni tampoco, en los 30, criticar a Azaña por no haber despedazado el latifundio o exaltar a Yrigoyen por su política petrolera. Todo esto reforzó mi interés por las ideas políticas, más allá de la propia revista.

En cuanto a los interlocutores, hay que tener en cuenta que el complejo institucional que ustedes encontraron armado como estudiantes no estuvo allí siempre y tampoco la producción bibliográfica. A mediados de los 80, para el radicalismo, en unos meses se agotaba la bibliografía disponible, incluso los trabajos de autores extranjeros que, bien pensado, quizás fueran la mayoría, y aquellos otros periféricos.

P.: Que no tuvieran que ver exactamente con el objeto.

A.C.: Así es. Además, las revistas locales eran todavía pocas, los artículos sobre escenarios provinciales no abundaban, muchas tesis luego publicadas estaban todavía apenas iniciándose. En ese panorama, la discusión con Botana fue muy importante, porque aportaba entre otras cosas algo que no habíamos tenido en la formación en la Facultad, que era una aproximación a algunos clásicos del pensamiento político: fuimos a estudiar a Rousseau, Montesquieu, Sieyès en una materia del posgrado. Eso le daba una profundidad distinta a lo se podía encontrar al analizar una fuente propia de la Argentina de los años 30: algunos fragmentos del pensamiento de Rousseau dispersos en las páginas de unos intelectuales radicales de tercera línea; unas ideas de nación puestas en juego por estos hombres que traían ecos de las discusiones de la Revolución Francesa o de los argumentos de Sieyès. Este fue un

aporte sustantivo, porque permitía comprender la dimensión del corte de la Ilustración y la Revolución al inaugurar un mundo que, en lo que hace a las ideas políticas, era muy diverso del anterior; la persistencia de los sentidos otorgados a algunos conceptos era además notable. Pero nosotros en la Facultad no habíamos estudiado nada de eso.

Luego, en algunas reuniones académicas que se empezaban a celebrar, por ejemplo las jornadas de becarios de la UBA y paulatinamente las Jornadas Interescuelas, se organizaron mesas donde se discutían los avances en las investigaciones. Sobre el tema de investigación tuve discusiones muy útiles con Ricardo Sidicaro, con Leandro Gutiérrez, con Pancho Aricó, una persona entrañable y de una enorme inteligencia; con él discutí varias veces los temas de las ideas políticas en los años 30, desde la primera ponencia que presenté sobre el tema. Pancho dirigía además la tesis de Liliana Cattáneo, sobre *Claridad* en los años 30, con quien también discutimos a menudo. Luego se fue organizando un circuito ya más propio de la Facultad de Filosofía y Letras. Con Luciano de Privitellio no sé en cuántas jornadas presentamos ponencias y polemizamos sobre la política en el período; a mediados de los '90, lo hicimos en unos simposios que organizaban Hilda Sabato y Marta Bonaudo en las Jornadas Interescuelas, que se llamaban "La política y lo político"; también hubo innumerables intercambios con Sylvia Saítta y con Fernando Rodríguez, en particular cuando me incliné más a las cuestiones culturales e incluí los años veinte. La cátedra que tenía a cargo en la Universidad de Rosario, dedicada a la historiografía argentina y latinoamericana, fue al mismo tiempo un lugar muy importante de discusión.

P.: ¿Y por qué te fuiste hacia la

década de 1920?

A.C.: Los grupos que impulsaban gran parte de las revistas y formaciones culturales que veía actuar en los años 30 estaban constituidos por intelectuales, pocos de ellos connotados, cuya formación había tenido lugar durante la década anterior; en los años 20, tenían un lugar destacado en la discusión político-cultural los reformistas y las vanguardias, estéticas y sociales. A pesar de que las transformaciones de los 30 son fuertes, esta gente había procesado lo que sucedía en ese período con una mirada organizada en la década de 1920. Muchos de los miembros del revisionismo, del nacionalismo político, de los grupos culturales radicales –*Hechos...*, pero también FORJA- y varios de los ubicados a la izquierda, con las excepciones de rigor, estaban formados por hombres que nacieron entre 1895 y 1900. Muchos de ellos, en los años 20, pasan por la Reforma Universitaria o por los grupos que recogen su herencia, otros tantos por las vanguardias, otros por Boedo. Unos jóvenes que entran al mundo intelectual luego de la Gran Guerra y que en los años 30 siguen ahí, con su bagaje ideológico a cuestas, tratando de descifrar la crisis económica o el golpe de Estado, el fascismo o el New Deal: leen lo que ocurre en los 30 con una mirada forjada en los años 20. Por eso extendí mi trabajo hacia esa última década. El peronismo quedó entonces casi al margen de un problema cuyo diseño había cambiado, porque su aparición reorganizaba fuertemente las relaciones intelectuales y políticas entre los diversos grupos. No es que las trastocara por completo, pero el foso que se trazaba entre quienes adherían y quienes combatían al nuevo movimiento era incomparable con las disputas de los 30. Hacia 1955, por ejemplo, los grupos liberal-democráticos podían hacer las paces con alguien que hubiera adherido a Urriburu, pero no con alguien que hubiese sido peronista; en aquel

sector generacional, eso funciona. La gravedad del enfrentamiento político y social en torno al peronismo había sido mucha; que en plena posguerra se bombardearan zonas de una ciudad o se quemaran iglesias –puestos los hechos en el orden que se prefiera- no eran datos menores y ellos dan cuenta de un nivel de conflicto muy alto. En fin: las discusiones políticas de los años 30, las ideas puestas en juego por los grupos políticos, reclamaban para su explicación ser incorporadas a un período amplio que comenzaba hacia 1918 y terminaba hacia 1945. A partir de allí se abría otra etapa donde el problema dominante era el del peronismo y los intelectuales; ese era un objeto de estudio profundamente distinto del anterior.

P.: La siguiente pregunta tiene que ver con un texto tuyo, la biografía de Alvear. En primer lugar, queremos saber sobre la empresa en sí misma, cómo fue la experiencia y el sentido de la obra. En segundo lugar, ¿qué se siente escribir una biografía, en un campo en el que la misma no parece estar legitimada o valorizada lo suficiente? Por último, la de Alvear no es una biografía tradicional, sino que tiene mucho de historia política.

A.C.: El contexto del emprendimiento fue una colección que se llamó "Los nombres del poder", organizada desde el Fondo de Cultura Económica, bajo la dirección de Luis Alberto Romero, en la segunda mitad de los 90. La propia colección estaba pensada en torno a biografías y con el objetivo de apuntar a la llamada alta divulgación. Lo veía, en principio, como un algo un poco raro, tanto por ser una biografía como por tratarse de Alvear, pero por otro lado la divulgación me parece una actividad que no hay que abandonar. En ese sentido, la tarea de Romero, no sólo con esa colección sino con otros intentos, es muy importante.

El formato biográfico me fue complicado, porque los avatares de

la vida de un individuo casi no me llaman la atención desde el punto de vista histórico; creo que la biografía sólo tiene sentido si ilumina algunos aspectos colectivos, sociales, aunque esto suene antiguo. También era una novedad para mí que se tratara de un texto de divulgación y eso implicaba circunstancias que no conocía; por ejemplo, el hecho de que la búsqueda, que insume semanas, de un dato preciso en un archivo. Eso no ocurre con una tesis o con un artículo de base empírica fuerte que se va a presentar a una revista con referato. Esa tarea, para un artículo académico muy duro, siempre termina teniendo relevancia. En cambio, a la hora de la divulgación, es posible pasar un mes tratando de averiguar hasta dónde llegó finalmente Alvear en la búsqueda de Regina Pacini y eso, finalmente, va a quedar convertido en el libro en media oración sobre un asunto secundario.

P.: Pero igual fue una buena experiencia....

A.C.: Claro que sí. Los productos del historiador circulan más allá de nuestra voluntad; circulan por distintos caminos, más o menos visibles, muchas veces acotados, pero dan vueltas por la sociedad. Si esto es así, es imprescindible asumirlo e intentar llegar a públicos más extendidos con el resultado de nuestro trabajo. Esa actividad vale mucho la pena, es una tarea intelectual de alto compromiso y es, por otra parte, un modo preciso de tratar de intervenir en los asuntos públicos.

A su vez, otro desafío que acarrear casi todos los trabajos de divulgación es el de lanzarse a escribir sobre temas o períodos que no se han investigado. Es casi la contracara de lo anterior: la obsesión de perseguir un dato en el archivo, aún sabiendo que no tendrá mayor lugar en el texto, es resultado de nuestra propia formación que nos lleva a entender que los argumentos con respaldo

empírico son aquellos más fuertes, más sólidos. Tomemos el caso de Alvear: yo había investigado los años 30 y la presidencia, pero para 1890, no había hecho trabajo de base. Entonces, como no está previsto – por la lógica de estas colecciones, por los tiempos con los que se trabaja, por la propia naturaleza del emprendimiento– que la solución sea cubrir lo que falta a través de la búsqueda de fuentes primarias, la solución termina consistiendo en escribir sobre algunos tramos luego de la lectura de la bibliografía adecuada; escribir sobre períodos acerca de los que no se ha hecho investigación de base siempre genera cierto vértigo. En todo caso, fue una experiencia que, en lo personal, me resultó muy útil y muy interesante. Por otro lado, efectivamente y como decías, sólo tenía sentido una biografía de Alvear (más allá del nombre de la colección) pensada desde la política.

P.: La anécdota de la búsqueda de Regina es muy buena.

A.C.: Sí, así como aquella que cuenta que los radicales complotados tuvieron que ir a buscar a Alvear al teatro para conformar el estado mayor de la revolución, en 1893. Pero, insisto, creo que la biografía, no sólo la de Alvear, es la excusa para intentar examinar procesos políticos y también culturales más vastos. Por otro lado, aún admitiendo que la política funciona con una lógica propia, de acuerdo a reglas específicas, y que los actores que juegan ese juego quieren, centralmente, ganarlo, aquellas dimensiones culturales son uno de los caminos por los cuáles la política vuelve a entramarse con eso que llamamos la sociedad: periódicos barriales, revistas, libros, conferencias dictadas, discursos pronunciados; prácticas y productos culturales a través de las cuáles unos militantes muchas veces anónimos y otras destacados explican a sus compañeros, y quizás a sí mismos, el sentido del combate que creen estar

librando. En esa explicación, además, las representaciones del pasado del propio grupo, de la nación o de la clase que se aspira a representar, o todas ellas, tuvieron por mucho tiempo un lugar relevante.

P.: Antes de finalizar queríamos preguntarte algo sobre *Los usos del pasado*. Varias de las cosas que escribiste allí condensan algunas de tus preocupaciones. ¿Es este un libro que venías pensando desde hacía un tiempo o....?

A.C.: Jorge Gelman, desde que diseñó la colección –que fue concebida también para la divulgación, en otro intento que debe destacarse–, sostuvo que la idea era que cada autor escribiera sobre algún problema o período que tuviera muy trabajado, de modo tal de hacer circular algunos planteos y argumentos por fuera del mundo académico, donde ya eran conocidos. La convocatoria asumí esa forma: un problema en el que el autor estuviera especializado, pero puesto de un modo, en un estilo y en un tipo de libro que pudiera captar públicos más amplios que aquellos que habían leído artículos, tesis o libros eruditos. Así, en *Los usos del pasado* hay un núcleo duro de problemas que ya tenía investigado y sobre los que había publicado artículos; incluso parte del material que utilicé para el libro –el referido a algunas revistas comunistas de base– lo estaba utilizando, al mismo tiempo, en publicaciones académicas. Con respecto al período, me detuve en el peronismo por las razones de las que hablamos antes. Pero comencé en el Centenario, una coyuntura importante, que alguna vez había trabajado alrededor de la cuestión de la construcción de un pasado gauchó. También en este caso ocurrió algo que ya mencioné con respecto a lo de Alvear: el capítulo del Centenario, que era aquel en el que tenía menos base empírica, fue el que más costó, porque tuve que

volver a consultar material que hacía tiempo no releía. Con los otros se volvía a hacer evidente que eso que llamamos la investigación en historia incluye varias prácticas que no son de la misma naturaleza: una cosa es pensar preguntas y ponderar respuestas, otra, trabajar sobre las fuentes –sean del tipo que sean-, y una tercera es redactar un texto. La construcción del relato de los demás capítulos fue una tarea muy grata: como la búsqueda de archivo ya estaba hecha, y además yo sabía qué quería explicar, cuáles las preguntas que quería plantear y cuáles las respuestas, sólo debía pensar cómo lo decía, dónde cortar el capítulo, cómo concatenar un proceso con otro. Son todas decisiones, como puede verse, alejadas de la tarea con las fuentes, pero que constituyen una dimensión importante de la tarea del historiador.

P.: Uno de los puntos del libro es que hay varios escenarios donde se construyen miradas sobre el pasado. Creemos que esto abre un conjunto de preguntas que permiten pensar cómo avanzar sobre la historia del siglo XX. ¿Cuáles te parece que podrían ser los problemas que están menos estudiados, que abren preguntas, y los modos de abordarlos? Porque uno de los puntos que trabajas en tu libro es que no sólo los historiadores y los libros de historia son el objeto de la historiografía. ¿Qué lugares faltaría mirar, qué lugares te parece que están poco vistos?

A.C.: Es que, nuevamente, la historia de las representaciones del pasado vuelve a enlazarse con la historia política. En varios de los emprendimientos culturales, grupos e intelectuales de los años 20 y 30, las imágenes del pasado tenían un papel crucial en la agenda de discusión política. En tiempos del peronismo hay un tema interesante, que es la tensión dentro de ese movimiento entre plantearse como algo absolutamente nuevo, por un

lado, y enlazarse con una tradición histórica nacional –por cierto, mucho más admitida y tradicional de lo que se pensó, con centro en San Martín pero sin huellas de Rosas. También en los 60 y 70 aquel papel de la historia en la discusión política era importante, como decía. Y, si atendemos al siglo XIX, la operación de Mitre también entramaba fuertemente política e historia: dotar de un pasado a la nación que se estaba construyendo a partir de la década de 1860 era, sin dudas, una empresa plenamente política, aun si tenía una dimensión historiográfica. Era inventar (en el sentido que da Hobsbawm al término), apelando a la historia, una nación que habría preexistido a las provincias, y ese argumento se jugó antes en ámbitos políticos que en un libro de historia. Estos temas de la política y la historia, entramadas alrededor de la nación en Mitre, los han examinado, últimamente, Alejandro Eujanian y Elías Palti, y es un tema con tradición: José Luis Romero y Halperin Donghi también lo asumieron hace tiempo.

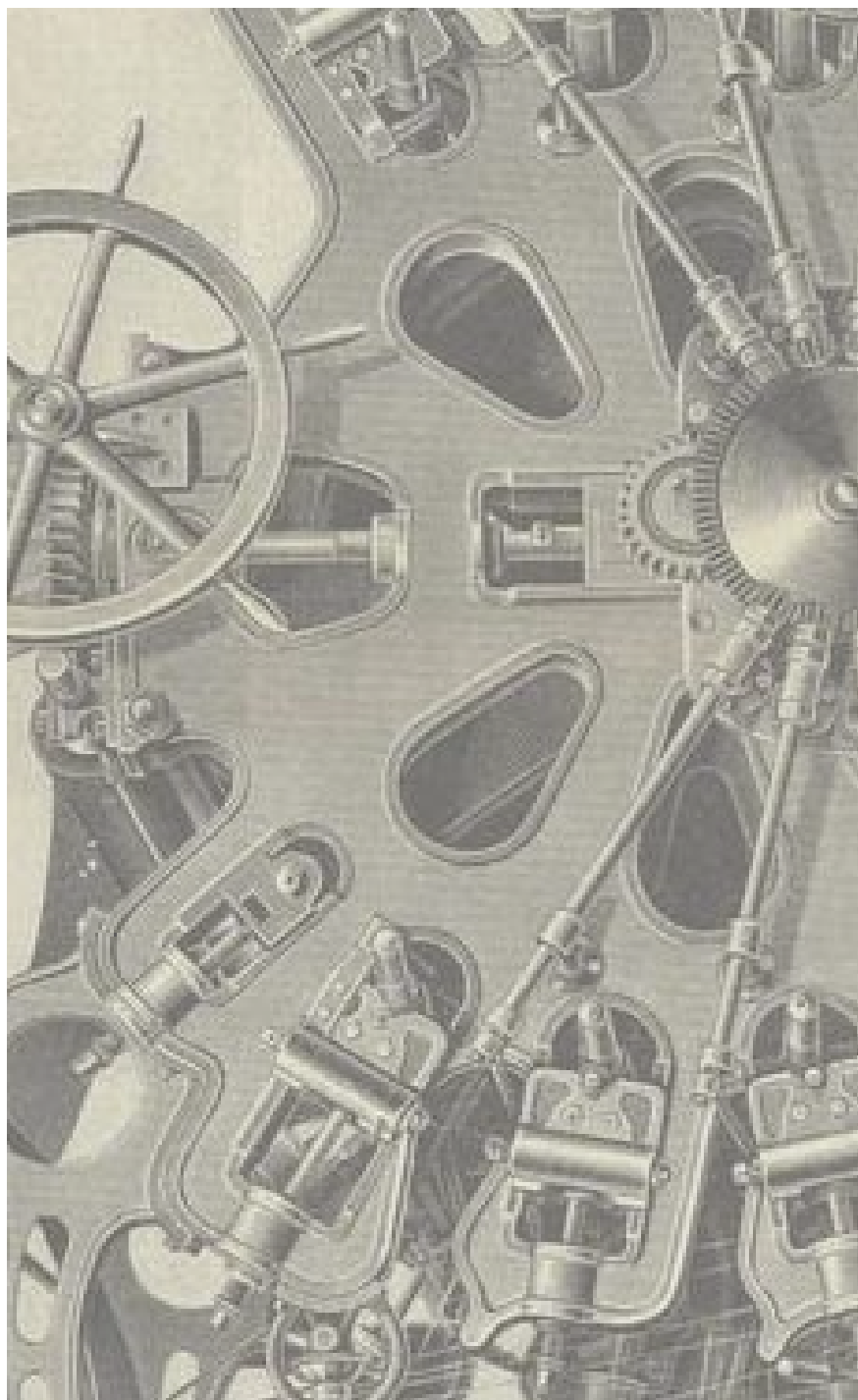
Así, en una mirada más amplia, y extremando, si la nación es una invención moderna, desde la Revolución Francesa en adelante no hubo idea de la nación que no planteara que uno de los elementos importantes en su configuración era tener un pasado común. La discusión sobre el pasado y la discusión política aparecen así en una relación muy estrecha en el largo plazo, al menos para la fase de la modernidad que se abre a fines del siglo XVIII, comienzos del XIX.

Ustedes también preguntaban qué queda por ver. Desde unos puntos de partida que busquen tener un frente en la historia cultural, otro en la historia de la historiografía entendida en sentido amplio, otro en la historia política, una de las tareas pendientes es, precisamente, avanzar más allá de mediados del siglo XX. Un tema de interés es el de las disputas libradas

por la atribución de sentido a la experiencia peronista en el período 1955-1973. La discusión de esos tiempos sobre Sarmiento o sobre Rosas remitía a un pasado lejano, pero lo que estaba en juego también era el pasado inmediato: se trataba de atribuir sentido a esa experiencia colectiva que había terminado, el primer peronismo, y en ese plano la lucha fue fuerte y no la libraron sólo los historiadores. Las imágenes que de la dictadura se construyeron en la transición, es decir, las imágenes que en la democracia se organizaron acerca del pasado reciente, y los conflictos en torno a ellas, también son un tema importante que recién se está empezando a encarar. Faltan además investigaciones sobre la relación entre la historia y la política en los últimos tiempos; este es un problema que está poco atendido. Todas estas líneas de trabajo posibles tendrían como objetivo último dar cuenta de procesos sociales; era Bloch quien decía que para conocer bien a una sociedad era decisivo investigar la imagen que ella se hacía de su propio pasado.

Buenos Aires, junio de 2009.

# Boletín Bibliográfico Electrónico



## Cómo citar

[Autor]. [“título del artículo”], *Boletín Bibliográfico Electrónico*, número 4, septiembre de 2009, ISSN 1851-7099.

**Año 1. Número 4, septiembre de 2009**